

“Hasta ahora todos esos extraordinarios pioneros de la humanidad a los que se da el nombre de filósofos y que raras veces se han considerado a sí mismos como amigos de la sabiduría, sino más bien como locos desagradables y como peligrosos signos de interrogación, se han asignado la dura tarea, involuntaria, ineluctable, pero grandiosa, de ser la mala conciencia de su tiempo.”

NIETZSCHE, *Más allá del bien y del mal*, §212

INTRODUCCIÓN

El siglo de las radicalidades existenciales

1

LOS DOS SIGLOS XIX. El siglo de la revolución industrial fue asimismo, como ya vimos, el de las soluciones colectivas y del *eudemonismo social*. Frente a la brutalidad del mundo capitalista en su fórmula liberal, se extiende en ese momento de la Historia una línea de fuerza que propone ordenamientos comunitarios para responder al problema de la miseria. Desde entonces, el fondo y la forma dan nacimiento a proposiciones socialistas, comunistas, anarquistas. Las palabras y las cosas marchan juntas. Aparecen los significantes y, con ellos, se precisan los significados.

Después de Termidor, que consagra el triunfo de la burguesía y marca el fin de la actualidad revolucionaria, Bentham teoriza la utopía liberal: enuncia que el mercado libre regula lo real, pero aclara que los excluidos y los residuos y los perdedores de esta regulación irán a parar directamente a un Panóptico, máquina disciplinaria destinada a enderezar a las víctimas del sistema a fin de reinyectarlas en la producción de riquezas de la nación. Para un liberal, el liberalismo promete el paraíso en la tierra siempre que uno esté dispuesto a dejar hacer al mercado; para una persona que no comparte semejante creencia, esta modalidad del capitalismo no cumple esas promesas utópicas pues genera inevitablemente la pauperización.

Frente a esta utopía que bien vale la del marxismo, un puñado de pensadores se rebela y propone soluciones *políticas* para erradicar la miseria. El austero protestante William Godwin imagina el paraíso en la tierra, en un futuro lejano y

su proyecto irénico termina por hacer las delicias de los anarquistas que transfiguran a ese discípulo de Lutero en maestro del pensamiento; el generoso John Stuart Mill afirma ser liberal pero recusa la utopía de Bentham, una utopía que invita a crear instancias correctivas de esa máquina peligrosa que siembra a su paso miseria, pobreza, delincuencia, alcoholismo, prostitución, enfermedades, para inaugurar, en cambio, un socialismo liberal rico en potencialidades; el patrón de izquierda Robert Owen construye una aldea ideal alrededor de su fábrica para realizar en ella el proyecto utilitarista de la mayor felicidad posible para la mayor cantidad de gente posible; algunos de sus discípulos, pero también los de Cabet o de Saint-Simon, atraviesan el Atlántico y construyen comunidades utópicas; el excéntrico Charles Fourier propone el Falansterio para expandir pacíficamente la revolución de la Atracción apasionada; el ogro Bakunin imagina los Estados Unidos anarquistas de Europa. Todos creen en soluciones que finalmente terminan siendo el socialismo, el comunismo y el anarquismo.

Otra línea de fuerza atraviesa el siglo, con cierto número de filósofos que están tan disconformes con la marcha del mundo como con esos eudemonismos sociales. También ellos proponen soluciones, pero no colectivas sino individuales. Propositiones que definen, a pesar de su heterogeneidad, un continente que yo llamaré el continente de las *radicalidades existenciales*. “Radicalidades” porque las soluciones propuestas toman las cosas de raíz y proponen nada menos que una reorganización del mundo a partir de pilares mayores: para Thoreau, sería la Naturaleza; para Schopenhauer, la Nada; para Stirner, el Yo; “existenciales” por la intención pragmática de una vida filosófica.

2

CAMBIAR UNO MISMO, CAMBIAR EL ORDEN DEL MUNDO. Descartes ha formulado los términos de esta alternativa tan vieja como el mundo. Como se sabe, el filósofo enumera las reglas útiles

para alcanzar una certeza genealógica. En su *Discurso del método*, el prudente René Descartes cuya divisa era “*larvatus prode*” (“enmascarado avanzo”), se lanza a la gran aventura de la duda metódica. El libertino que habita en el filósofo asoma bajo el proyecto de “moral provisional”, llamada también “moral provisoria”, con la cual se dirige a las autoridades políticas y religiosas dándoles garantías de su buena fe en todos los sentidos de la expresión.

Ciertamente, Descartes lanza su maquinaria de guerra metodológica que puede hacer estragos pero enuncia en voz bien alta su primera regla: que obedecerá a las leyes y costumbres de su país. Que no se inquieten los cristianos ni los monárquicos. Luego, segunda regla, asegura que será firme y resuelto, que no desviará el rumbo del objetivo filosófico: nada de dudar de su proyecto en medio del trayecto. Tercera regla: “tratar siempre de vencerme a mí mismo antes que de vencer a la fortuna y de cambiar mis deseos antes que el orden del mundo”. Cuarta y última regla: examinar la ocupación más deseable capaz de permitirle “vivir lo más felizmente que pueda”; una vez encontrada esa ocupación, entregarse a ella. En su caso, se tratará de filosofar y buscar la verdad.

Destaco, en la tercera regla de ese proyecto existencial y político, la oposición clara y distintamente expresada subyacente en la totalidad de la filosofía desde su origen occidental. Esta alternativa opone dos proyectos: *cambiarme a mí mismo* o *cambiar el orden del mundo*. En otras palabras: dar prioridad a la ética, sobre todo a la construcción de uno mismo, a la escultura de sí y poner lo político en segundo plano o, a la inversa, dar primacía a lo político, preocuparse por el interés general y el bien público pero dar, al mismo tiempo, un lugar secundario a la ética. Para no demorarnos más, digamos que, de un lado, situamos al Sócrates del “Conócete a ti mismo” y, del otro, al Platón de *La República*. O también: por un lado, el *eudemonismo social* y, por el otro, las *radicalidades existenciales*.

EGOTISMO, INDIVIDUALISMO, DANDISMO. Así como la primera línea de fuerza del siglo XIX suponía una reflexión sobre *liberalismo*, *socialismo*, *comunismo*, *anarquismo*, palabras e ideas que datan de esa época, la segunda línea de fuerza supone el examen de nuevos conceptos, por lo tanto, de nuevas tendencias que atraviesan esta época y se entremezclan, hasta se chocan entre sí: *individualismo*, *egotismo*, *egoísmo*, *dandismo* son todas variaciones sobre el tema de la radicalidad existencial.

Este siglo también es, por lo tanto, el del *individualismo*, término que, por otra parte, nace en 1825 y designa una visión del mundo en la que el individuo representa, si no ya el soberano bien, al menos el valor supremo. En el caso que nos ocupa, existe un individualismo socialista, comunista o anarquista: para que se dé, basta con que la proposición de colectividad o de comunidad no se haga contra el individuo sino con él, por él y para él. La colectividad llega a ser pues el mecanismo productor de bellas individualidades, realizadas, felices o, digámoslo de otro modo, menos desdichadas. El individuo en cuestión procede de la raíz etimológica latina *individuum* que procede a su vez del término griego *atomos* que significa indivisible, imposible de descomponer. El individuo representa, por tanto, la realidad más pequeña, aquella más acá de la cual es imposible remontarse. Cuando todo grupo, toda comunidad ha sido deconstruida, uno llega a ese núcleo irreductible del ser: uno indivisible.

El término *egoísmo* también es interesante pues funciona en binomio con *egotismo*, palabra que data de 1823. En el artículo que le dedica en la *Enciclopedia*, Diderot nos da a conocer el sentido moralizador y despreciativo del vocablo “egoísmo”. Su crítica procede de la condena de los jansenistas de Port-Royal quienes fustigaban el uso del “yo”, el “mí” y de toda forma de expresión en primera persona. Los devotos de Jansenius atacaban así la vanidad y el fútil deseo de gloria. No cometeremos aquí la impertinencia de recordar que

Pascal, el maestro de todos ellos, no utiliza menos de ciento cincuenta y seis veces el “yo” y diecisiete veces el “mí” únicamente en el manuscrito de los *Pensamientos*...

El egoísmo supone la construcción del mundo alrededor de uno mismo, a partir de sí, con la mayor frecuencia en detrimento de los demás. La humorada según la cual es egoísta aquel que no piensa suficientemente en nosotros, merece ser tomada en consideración para juzgar correctamente la cantidad de egoísmo que encubre cada uno. En 1789, el abate Sieyès, retoma la acepción despectiva de los jansenistas y fustiga la misma peculiaridad pero esta vez en nombre de la ciudadanía: el autor de *¿Qué es el tercer estado?* Llama egoísta a cualquiera que no se entregue lo suficiente a la Nación...

Por lo tanto, habrá que evitar confundir egoísmo con individualismo: el egoísta cree que no existe nadie más que él; el individualista, en cambio, cree que sólo hay individuos. El primero remite todo a sí mismo; el otro sabe que toda realidad social es sólo una combinación de individuos, que toda comunidad se reduce a una suma de subjetividades irreductibles. El primer adjetivo corresponde al juicio moral; el segundo a una apreciación sociológica y ontológica.

4

DEL EGOTISMO FILOSÓFICO. A medio camino del egoísmo depreciado por los señores de Port-Royal y los ciudadanos de la Constituyente, encontramos el concepto de *egotismo*, interesante en varios aspectos. La palabra sigue estando íntimamente asociada a la persona, al trabajo, al estilo, al carácter y al temperamento de Stendhal. Como *spleen* y *dandismo*, llega desde Inglaterra por la vía de un diario de 1726. El autor de un libro inspirado por los Ideólogos, *Del amor*, le otorga reconocimiento oficial a partir de 1823 con sus *Recuerdos de egotismo*.

Henri Beyle se aburre en su puesto de cónsul de Francia en Civitavecchia y dispone del tiempo suficiente para entregarse

a un ejercicio de escritura de ese tipo, pero no el suficiente para emprender una gran obra novelesca. *La cartuja de Parma*, *Rojo y negro*, *Lucien Leuwen* aún no han visto la luz... Stendhal abre pues su cuaderno en el que consigna notas, reflexiones, análisis destinados a profundizar el conocimiento de sí mismo, sin indulgencia, sin jactancia, sin amor inmoderado de sí, sin vanidad ni orgullo, con la feroz determinación de conocerse mejor a fin de planear un porvenir menos situado bajo el signo del fracaso o del fiasco. Empresa socrática, pues, del género “examen de conciencia” (la expresión aparece bajo su pluma), practicada por los filósofos antiguos antes de que el cristianismo la confiscara y la invirtiera en su dispositivo de culpabilización.

Stendhal redacta febrilmente doscientas setenta páginas en catorce días. (Recordemos que escribió las quinientas páginas de *La cartuja de Parma* en siete semanas.) Desde las primeras páginas, el autor expresa el deseo de que ese texto sólo se publique después de su muerte, con el propósito de no herir a las personas de las que habla aquí o allá, aun cuando confiesa que muchos de los protagonistas de esos *Recuerdos* ya han desaparecido... En 1892, el texto aparece en una versión abreviada.

La palabra *egotismo* entra en los diccionarios, pero con un matiz despectivo. En las definiciones encontramos la prevención jansenista, acompañada de la condena católica tradicional, a la cual se agrega el desdén de los virtuosos de la Revolución francesa. Larousse y Littré avalan el juicio de valor. Habrá que esperar a la edición de 1932 del *Diccionario de la Academia Francesa* para que la palabra adquiriera un significado fuera de la “moralina”: “hábito del espíritu o doctrina que remite todo a la preocupación por uno mismo”.

La historia de la filosofía no carece de una tradición egotista y podríamos señalar, sólo al pasar, que ha producido verdaderas obras maestras del género: las *Confesiones* de San Agustín, los *Ensayos* de Montaigne, las *Confesiones* de Rousseau, el *Ecce Homo* de Nietzsche, *Las palabras* de Sartre... No olvidemos tampoco que el *Discurso del método*, originalmente subtitu-

lado *Historia de mis pensamientos*, es un libro escrito en primera persona y que el filósofo del Poitou devenido universal no teme explayarse sobre sí, sobre sus sueños y su gusto por el lecho matutino, sobre sus angustias existenciales, sobre sus pensamientos más personales. Existe por ende una tradición filosófica egotista que se acerca cuanto puede a la verdad de lo universal empleando la vía de lo particular.

5

UN SIGLO XIX EGOTISTA. El siglo XIX filosófico habla mucho en primera persona. El diario ofrece una excelente ocasión de trabajar en uno mismo, lo cual abre auténticas carreras filosóficas: catorce volúmenes en el caso de Thoreau, diez en el de Emerson, once en el de Kierkegaard; Maine de Biran, teórico del yo, entintó más de mil páginas en las que la meteorología se mezcla con consideraciones políticas, filosóficas o anecdóticas; en sus comienzos, durante su periplo europeo, Schopenhauer redacta un *Diario de viaje* y aconseja el ejercicio de la escritura cotidiana para uno mismo con fines filosóficos; Hegel había hecho lo mismo antes que él con su *Diario de un viaje por los Alpes berneses*.

La literatura no se queda atrás. Amiel (1821-1881) llena páginas que le permiten publicar cuarenta volúmenes de su diario en sólo cuarenta años de escritura; Giacomo Leopardi (1798-1837) evoluciona entre filosofía y poesía, sabiduría práctica y literatura, luego redacta un *Zibaldone* en el tiempo que le otorga su corta vida: treinta y nueve años. Esta obra mayor ha adquirido hoy la forma de un tomo voluminoso de más de dos mil quinientas páginas de papel biblia; a lo que podemos agregar, en 1850, el inmenso proyecto de las *Memoorias de ultratumba* de Chateaubriand o los *Recuerdos* (1850-1851) de Tocqueville (1805-1859) con centenares de otras páginas autobiográficas, particularmente de las narraciones de viajes; sin olvidar, por supuesto, los *Recuerdos de egotismo* de Stendhal.

Si bien el siglo es el de Marx, también es el del “sí mismo” y el “yo”, de la autobiografía, de la escritura en primera persona, de los intentos de capturar el mundo con precisión a través de una vida cotidiana escrutada en sus mínimos detalles. He escrito individualismo, egoísmo, egotismo pero también debo agregar *dandismo*, una proposición ética y estética que ilustra de maravillas la línea de fuerza egotista del siglo XIX. Por lo tanto, ese siglo es asimismo el de Brummell, príncipe de los dandis, pero también y sobre todo, el de Baudelaire, autor de un breve texto titulado “El dandi”, incluido en *El pintor de la vida moderna*, quien teoriza el dandismo como una variación sobre el tema individualista.

6

VIVIR FRENTE A UN ESPEJO. Adorno, Kojève, Sartre enrolan al dandi en un teatro que no es el propio porque ellos desdeñan la invitación a vivir sin cesar delante de un espejo. Las excéntricas de Brummell que movilizaban a tres sastres peleteros para confeccionar sus pares de guantes color manteca (uno para las uñas, uno para los dedos y otro para el resto...), que enviaban a la lavandería no menos de una veintena de corbatas por no haber encontrado el nudo definitivo del día durante la ceremonia de acicalamiento, catalogan el dandismo como una suerte de extravagancia exhibida, cuando lo que en realidad propone es una verdadera ascesis interior. Dejemos de lado las certeras palabras mordaces del dandi británico, sus bufonadas tan esnobs, sus maldades enraizadas en un suelo que huele intensamente al resentimiento del plebeyo que da lecciones a los mamíferos de sangre azul y detengámonos en Baudelaire y su teorización ahistórica de ser y de hacer.

Pues Baudelaire no se concentra únicamente en el personaje de Brummell. Traza una línea que parte de la Antigüedad, con Alcibiades, César y Catilina, y llega hasta su propio tiempo. Historias de siempre y también geografías de siempre, puesto que Chateaubriand afirma haber hallado dandismo en

los bosques y al borde de los lagos del Nuevo Mundo... La opción de un dandismo que escapa al único momento dandi concentrado en la figura del cónsul de Inglaterra en Caen indica más y mejor, más allá, más lejos y, sobre todo, más profundamente, que ese momento histórico particular; permite pensar el siglo que siguió a la Revolución francesa, pero también todos los demás siglos anteriores y posteriores.

El dandi según Baudelaire llega en una época que ya no es más y en la bisagra de un período que aún no es. En el caso de Brummell, el asunto parece claro: el personaje llega después del feudalismo derribado en la noche del 4 de agosto de 1789 y antes del mundo inédito de la sociedad industrial caracterizado por la velocidad, el progreso, el vapor, la técnica, la democracia, el dinero, el trabajo... Otros tantos ídolos repudiados por el dandi, apoyado en los valores aristocráticos de la lentitud, del tiempo libre, el *otium*, de la distinción, de la tensión. Por algo Baudelaire pretende deber su educación al contrarrevolucionario Joseph de Maistre...

¿El ideal dandi? Un género de supraestoicismo. Una reescritura de la aventura espartana. Es famosa la historia de ese niño de Lacedemonia lanzado a la naturaleza, al igual que sus compañeros de la misma edad, como un rito de iniciación, de paso a la vida adulta y que debe sobrevivir a cualquier precio. Consigue robar un zorro y lo esconde bajo sus ropas con la intención de comerlo luego; pero, al toparse con un adulto, se deja devorar el hígado por el animal antes que descubrir su botín. ¡Celebración de la impasibilidad! El dandi siente, sufre, soporta la ley de sus emociones, por supuesto, pero nunca deja que se hagan visibles.

Esta referencia a la Antigüedad se precisa agregando el *otium* tomado de los romanos, es decir, el ocio acompañado de un desdén por los valores burgueses, entre ellos, por supuesto, el dinero. El dandi es un caballero del ser, recusa toda preocupación por el tener. Cuando el hombre nuevo busca el oro, el rebelde brummelliano quiere el tiempo, el dominio del tiempo. En una nueva configuración social capitalista en la que el tiempo equivale a dinero, el dandi despilfarra ese tesoro

precioso que ha amasado: la plena, libre y entera disposición de sí mismo.

¿Acumular sumas considerables? ¿Para hacer qué? Un crédito perpetuo sería suficiente para quien quiere levantarse y acostarse a la hora que le plazca, vivir según sus caprichos, no tener que rendir cuentas a nadie y construir su vida como una obra de arte o una obra maestra sin copia. En un breve y célebre texto titulado *La obra de arte en la era de su reproducción técnica*, Walter Benjamin elabora una teoría de la modernidad definida por la posibilidad de reproducir en un gran número de ejemplares una misma obra que, así multiplicada al infinito, sufre una disminución del aura que le conferiría su unicidad irreductible. El dandi propone construirse como una subjetividad sin doble en una época de hombres unidimensionales. En un momento en el que todos se parecen, el dandi exhibe su desemejanza reivindicada como una conquista.

7

FILÓSOFOS DANDIS. Si nos atenemos a esta definición, podemos comprobar la existencia de una constelación de filósofos dandis o de filósofos cuyo proceder existencial no es ajeno al de Baudelaire o al del Barbey d'Aurevilly a quien debemos *Del dandismo o de George Brummell* (1845). Estas figuras irreductibles, estas fuerzas, estas subjetividades radiantes, viven sin cesar frente a un espejo, no para mirarse en él, gustarse, ni por afectación narcisista y gusto desenfrenado de su ego, sino porque ese accesorio permite una ética nueva: frente a la superficie reflejante, el dandi se afirma juez y parte, creador y criatura, árbitro de sus elegancias.

En las antípodas de una lectura que se ha vuelto banal, el dandi no es víctima de un ardid de la razón que lo hace prisionero del juicio o de la mirada de los demás. Brummell no es la cosa de su público; es la cosa de sí mismo: lo que le muestra su espejo. En la hipótesis de un mundo súbitamente despejado

del homo sapiens, con excepción de un único ejemplar del dandi, el sobreviviente continuaría estenografiando su propia existencia, elegante e impasible sobre los escombros. A pesar de la ausencia de público, desempeñaría concienzudamente su papel ante una sala vacía.

El dandi se arroga el derecho de ser el único capaz de juzgar su actuación. Más allá de las instancia éticas o estéticas que lo legitimen, decide lo que para él es el Bien y el Mal, lo Justo y lo Injusto, lo Bello y lo Feo, lo Bueno y lo Malo. En realidad, Brummell y sus descendientes viven en un mundo que se ha desembarazado de Dios –o al menos en el que esa ficción no tiene ningún peso...– pues está por entero hecho de inmanencia. El siglo XIX proporciona en ese aspecto un terreno de juego ontológico inédito: anuncia dos noticias que entierran las referencias judeocristianas y abren las perspectivas de un mundo nuevo, el nuestro, aún impreciso.

Para lograrlo, hicieron falta dos máquinas de guerra filosóficas conducidas por dos pensadores, con dos obras y en medio de ellas dos libros refrendados por el siglo al que corresponde la tarea de cerrar al menos un milenio: por un lado *La esencia del cristianismo* de Ludwig Feuerbach (1804-1872), un libro que decreta *la fundación de un ateísmo filosófico*; por el otro lado, *El origen de las especies* (1859) –pero más específicamente *El origen del hombre y la selección en relación al sexo* (1871)– de Charles Darwin (1809-1882), una obra que decide *la genealogía del hombre poscristiano*. La muerte de Dios y el nacimiento del Hombre: he aquí dos momentos considerables para iniciar el itinerario filosófico de las radicalidades existenciales.

8

UN FILÓSOFO MALDITO. Ludwig Feuerbach sufre de una vieja captación marxista que continuó hasta la lectura de Louis Althusser. Así, la obra de Feuerbach, condenado a ser el pensador que prepara a Marx y el marxismo, desaparece bajo la